

Manual para mujeres de la limpieza, de Lucia Berlin: marginalidad económica y sufrimiento

**Ana María
Velázquez Anderson**

amvelazquez@unimet.edu.ve

Lic en Letras por la Universidad Central de Venezuela, UCV. Máster en Estudios de Género, por la Universitat de Barcelona. Escritora. Profesora de Literatura y Feminismo en la Universidad Metropolitana, Unimet.

Resumen

Las mujeres sobre las que escribe Lucia Berlin pertenecen a las clases desposeídas, las que permanecen en los márgenes de la vida de la metrópoli, las que cuidan, lavan, limpian, toman buses para ir a su empleo o son indigentes, alcohólicas, desequilibradas. En su libro, Manual para mujeres de la limpieza, la autora presenta una antología de cuentos narrados de forma intimista y desde un yo femenino que expone la dureza de la vida de las mujeres trabajadoras en sociedades modernas. La maestría de esta autora consiste en darles voz a las que no la tienen.

PALABRAS CLAVE: género, sufrimiento, patriarcado, marginalidad

Abstract

The women Lucia Berlin writes about belong to the dispossessed classes, those who remain on the margins of the life of the metropolis, those who care, wash, clean, take buses to work or are destitute, alcoholic, unbalanced. In her book, Manual for Cleaning Women, the author presents an anthology of stories told in an intimate way and from a feminine self that exposes the hardness of the life of working women in modern societies. The mastery of this author consists of giving a voice to those who do not have one.

KEYWORDS: literature, gender, suffering, patriarchy, marginality

Pasarse la vida viajando cada mañana, tomando el autobús 43 Shattuck-Berkeley, permanecer el día en casa de los otros haciendo las labores del hogar, limpiando, cocinando, poniendo orden en las vidas de quienes no tienen tiempo para hacerlo por sí mismos, es la temática que llama a la reflexión en los textos de la escritora estadounidense Lucia Berlin (Alaska, 1936-California, 2004), una autora cuya obra nace de su propia experiencia de carencia económica y de la necesidad de realizar los trabajos más duros para poder sobrevivir en una sociedad compleja que aún ejerce violencia económica contra las mujeres.

Berlin plantea una indagación sobre la experiencia humana y su constante movimiento. Las mujeres de la limpieza son sólo parte de una sociedad móvil, cambiante, y como afirma Zygmunt Bauman, “líquida”, contemporánea (2021, p. 7). Las calles que recorren cada día son metáforas de la diversidad a la que están atadas sus vidas. Son mujeres que no tiene acceso a las fuentes de riqueza y su vida se reduce a un ir y venir cotidiano en busca de recursos para la supervivencia. En ese movimiento eterno entran y salen constantemente de la vida de los demás poniendo orden en sus casas e intuyendo en esas vidas ajenas también dramas ocultos. El sufrimiento está en todas partes porque nace del miedo. “En la actualidad, el miedo se ha instalado dentro y satura nuestros hábitos diarios; si apenas necesita más estímulos externos es porque las acciones a las que da pie día tras día suministran toda la motivación y toda la energía que necesita para reproducirse” (Zygmunt Bauman, 2021:19)

| 71

Sin embargo, no hay que equivocarse. La prosa de Lucia Berlin no es deprimente, aunque las denuncias que hace lo son. Sus imágenes aparecen en una especie de ligereza y hasta con un toque de alegría verdadera por la vida. La autora parece decirnos que no importan las circunstancias, siempre habrá algo de felicidad en el mundo porque hay una dimensión espiritual que también es importante. “En la escuela primaria las monjas reían, y los niños reían. Eran todas monjas muy mayores, pero no como las ancianas agotadas que se aferran al bolso en la parada del autobús, sino orgullosas, queridas por su Dios y por sus niños” (Lucia Berlin, 2015:64-65).

Berlin aborda sin pretensiones dramáticas temas límites como la muerte, el alcoholismo, la indigencia o las enfermedades mentales. Los expone como hechos comunes de la existencia. Por más desagradable que sea, el hecho está ahí y se puede hablar de eso sin tabúes. Así se amplía el sentido de la vida y se integran los aspectos prohibidos, quizá dolorosos, de los que nadie quiere hablar.

En el primer cuento de su libro *Manual para las mujeres de la limpieza* (Lucia Berlin, 2015), una mujer lava su ropa en una lavandería automática muy vieja y destartada, Lavandería Ángel. La autora explica que era una de esas donde llevan las sábanas manchadas de los moteles, las infectadas de los hospitales y hasta los sleeping bags

de los indigentes. Un cartel en la vidriera explicaba claramente “AQUÍ PUEDES LAVAR HASTA LOS TRAJOS SUCIOS”. La lavandería estaba en Nuevo México, donde habitaba una gran cantidad de comunidades indígenas. La mujer del cuento iba a lavar su ropa y siempre se sentaba a esperar el final del ciclo de lavado al lado de un indio viejo quien nunca le dirigía la palabra: “Un indio viejo y alto con unos Levi´s descoloridos y un bonito cinturón zuni. Su pelo largo y blanco anudado en la nuca con un cordón morado” (Lucia Berlin, 2015: 26). El indio sólo tomaba tragos de una botella y se miraba las manos. A la mujer no le molestaba esta actitud. Encontraba al hombre siempre que iba a la lavandería y ya era un hecho común de su cotidianidad. Un día, el indio se quedó mirando fijamente a través del espejo las manos de la mujer. Esto hizo que la mujer también se las viera: ¡Pánico! A través de la mirada del otro, ella vio en sus manos su propia vida miserable. Aunque pensó que era un desastre el alcoholismo del indio y su pasividad en un consumo que lo conduciría tarde o temprano a la muerte, ahora se daba cuenta de que ella no era nada afortunada al comparar sus manos con las de él: “Horrendas manchas de la edad, dos cicatrices. Manos nada indias, manos nerviosas, desamparadas. Vi hijos y hombres y jardines en mis manos” (Lucia Berlin, 2015: 27).

Las mujeres sobre las que escribe Berlin pertenecen a las clases desposeídas, las que permanecen durante toda su vida en los márgenes de la vida de la metrópoli, las que cuidan, lavan, limpian, toman buses, padecen de la violencia económica en sociedades con marcada desigualdad de género, han vivido en la indigencia, han sufrido discriminación por sexo o por raza y que han padecido enfermedades mentales ligadas al hambre, al alcoholismo o a cualquier otro tipo de adicciones.

En este cuento, la mujer finalmente habla con el indio quien le explica haber sido jefe de una tribu, que su hijo mayor se había suicidado, el menor había muerto en Vietnam y los otros dos eran conductores de autobuses. Siempre estaba borracho. A veces se ponía violento e iba a buscar camorra con los vagabundos del estacionamiento. Entonces, la mujer se ocupaba de cambiarle su ropa a la secadora y de recargar las monedas para encenderla. Un día, el indio estaba muy borracho y, tras una breve conversación cayó de lado. La protagonista prosigue con sus labores, seca, dobla y pone su ropa en un cesto y se marcha. Deja al hombre así, pero la idea de la muerte aparece en los anuncios que la gente pone en la lavandería y que la mujer lee antes de salir: alguien estaba vendiendo una cuna por la muerte de un bebé. La mujer se va, dice algo acerca de un príncipe que conoció alguna vez y sale de escena. La última frase es que no recuerda cuándo fue que murió aquel indio viejo en la lavandería o si simplemente ella dejó de verlo.

No recordaba porque en el mundo actual, vida y muerte se construyen en la superficialidad, en la transitoriedad. Esta es la propuesta filosófica de la autora: en la vida

cotidiana aparece la muerte de improviso, sin tiempo para el ritual ni para la sacralización. Así ocurre en esta historia en la cual, cada personaje reconoce en el otro un sufrimiento y una decadencia que también le es propia, pero hasta ahí llega la preocupación y su empatía. Morir es un acto de soledad.

En su libro, *Manual para mujeres de la limpieza*, una recopilación de sus cuentos, publicada tardíamente en 2015, años después de haber muerto, Lucia Berlin, una autora casi olvidada por la crítica, habla de lo que fue su mundo y de los lugares en los cuales se desarrolló su vida. Fue una mujer nómada que cambió muchas veces de ciudades cuando era niña a causa del trabajo de su padre, ingeniero de minas, y, luego, fue en búsqueda de empleo para sobrevivir ella misma con sus cuatro hijos en cualquier lugar donde hubiera trabajo. Alaska fue el lugar de nacimiento de Lucia Berlin. Pasó los primeros años de su vida en asentamientos mineros y luego su errancia la llevó a vivir en El Paso, en Santiago de Chile, donde tuvo una educación de colegio de monjas y un estilo de vida alto, gracias al empleo de su padre. Luego vivió en México, en Arizona, en Nuevo México, en Nueva York, en Colorado y finalmente vivió en Los Ángeles.

Su vida también fue un subibaja migratorio y, también emocional puesto que desarrolló alcoholismo y esto le produjo cáncer de pulmón. Sin embargo, sus viajes, su marginalidad económica, sus fracasos en las relaciones de pareja, su lucha constante por la supervivencia, se convirtieron en la materia prima de su creación. En la tradición cuentística anglosajona, Berlin establece una innovación al ponerse a sí misma como protagonista de sus cuentos. Esto es lo que se denomina "autoficción". En este género narrativo las fronteras entre realidad e imaginación se solapan y se confunden. Berlin muestra que en la literatura femenina vida y obra están mezcladas. Hay una vinculación directa entre ambas experiencias. La mujer cuando escribe no puede separar el hecho de ser mujer y de haber vivido una experiencia diferenciada que la asombra o que la confronta de alguna manera. Y esto es también un activismo feminista. La Dra Wilson, que fue mi tutora de tesis de maestría en Duoda, del Centro de Investigación de Mujeres de la Universidad de Barcelona, hablaba de este activismo en la escritura de mujeres, como, por ejemplo, en las obras de Doris Lessing y de Carmen Martín Gaité. Ambas llegaron a tener una autoridad narrativa única al separarse, en los años setenta del siglo XX, de las influencias literarias canónicas y comenzar a hablar desde sí mismas. "Siento que me han enseñado mucho de la vida y de la transformación de la vida" (Caroline Wilson, 2014: 1).

Berlin publica sus primeros cuentos en 1958, bajo el nombre de Lucia Newton, el apellido de su primer marido. En 1961 se casó de nuevo y adoptó el apellido de su nuevo esposo, Buddy Berlin. "A los 30 años se había casado tres veces y tenía cuatro hijos, todos a su cargo. Para salir adelante trabajó de recepcionista, ayudante de

enfermería o limpiadora, y muchas de estas experiencias se vieron reflejadas en sus cuentos. También su adicción al alcohol y los periodos en centros de desintoxicación” (Lecturalia, s.f.: párr 4)

Desde 1994 hasta el 2001 impartió clases en la Universidad de Colorado; tuvo que retirarse de la institución por padecer cáncer de pulmón. Murió en 2004 a los 68 años de esta enfermedad.

Fue olvidada con el tiempo. El primero de sus libros fue publicado en 1981, *Angels Laundromat*, (La lavandería de Ángel), pero sólo fue en 2015 cuando salió publicada una selección de sus cuentos, *Manual para mujeres de la limpieza*. De inmediato, la obra fue comparada por la crítica, con la de grandes autores norteamericanos cuya escritura desafió al sistema norteamericano, como Ernest Hemingway o F. Scott Fitzgerald.

La autora, sin tapujos, expone la dureza de la vida de las mujeres que han sido expulsadas de los centros de riqueza en las sociedades modernas: alcohólicas, indigentes, subempleadas, pobres, migrantes, con enfermedades, mujeres solas con hijos, o que han sufrido abortos, mujeres que nunca se adaptaron a los roles maternos o hijas que sufrieron en manos de madres inadaptadas al rol materno convencional. Esta autora le dio voz a quienes no la tenían.

74 |

En su obra hay aspectos considerados tabús en su época, como los celos de las madres hacia sus propias hijas. La maternidad “tóxica”, de la que tanto se habla hoy en día y que probablemente la autora haya experimentado, aparece también como tema central en su obra. Aún a finales del siglo XX, cuando la autora escribía sobre esto, estaba “prohibido” culpar a la madre.

En el cuento “Estrellas y santos” aparecen estos celos maternos claramente identificados: “Entonces, de buenas a primeras, mi madre se enfadó conmigo porque mi padre me escribía a mí más que a ella. Es porque yo le escribo más. No, eres su niña mimada. Un día volví a casa tarde. Había perdido el autobús de la plaza, la encontré esperándome en lo alto de las escaleras: en una mano sostenía la carta de mi padre y el sobre azul del correo por avión, con la otra encendió una cerilla, rascándola con la uña del pulgar, y quemó la carta antes de que pudiera impedirselo” (Lucia Berlin, 2015:47). Al final del cuento una monja del colegio se dio cuenta de la tristeza de la niña e intentó que rezara con ella, infructuosamente. Al tratar de zafarse de un rezo obligado, la niña empujó a la monja y ésta cayó. Su tristeza se había convertido en rabia mal expresada y, de esa forma, logró ser expulsada del colegio. De ahí nació un estigma: la rechazada por la madre pasó a ser la rechazada social. La misma niña se auto margina, pero nunca expresa su rabia contra la falla de su progenitora que es la que debería asumir el castigo.

En el cuento que le da nombre al libro “Manual para mujeres de la limpieza”, en cada parada del autobús va a ocurrir algo que, poco a poco, va a ir conectando a la protagonista con su verdad final. Eran unas palabras que hacía tiempo alguien le había dicho: “en esta vida nadie se puede aferrar a nada”.

El cuento se desarrolla en el más puro sentir existencial. En el autobús que toman las mujeres de limpieza, empleadas que van a las colinas o al Country Club a trabajar en las casas de los ricos, casi todas negras, viaja Maggie May, una joven viuda blanca que se ve forzada a explicar todo el tiempo lo mismo: que su esposo falleció y que ella tiene cuatro hijos que mantener y por eso tomó los trabajos de señora o chica de la limpieza en varias casas. Las sirvientas negras la miran con sospecha. Dicen que es “instruida” y eso la separa de su jerarquía.

En cada parada entra y sale siempre gente, blanca y negra, ya que el autobús recorre zonas diversas, tanto en Oakland como en Berkeley, referencia al cambio constante de la vida y de que dentro de nuestros propios viajes femeninos siempre habrá compañeras de camino que nos acepten o no, que nos discriminen o no, que nos traten con alegría o nos aparten, a pesar de estar pasando ellas mismas por situaciones difíciles. El cuento es mágico porque en sólo seis paradas de autobús, la autora va a reflejar gran parte del universo de la existencia femenina: desde la infancia hasta la vejez, la enfermedad, la vida en pareja, la maternidad, la evasión a través de drogas, el alcohol o los fármacos y, finalmente, la viudez o la muerte.

En cada parada aparecerá gente que le recuerda una emoción y esto remite a nuestro propio aprendizaje como mujeres del mundo y su complejidad a través de los sentimientos. Al comenzar, habla de una de sus patronas quien padece enfermedad mental y de lo duro que es para ella hacerle el trabajo del hogar a una mujer que debería estar recluida y que, sin embargo, permanece sola en un apartamento sólo conectada con su empleada doméstica cuando va una vez por semana. “Soy la única persona con quien puede hablar. Su marido es abogado, juega al golf y tiene una amante” (Lucia Berlin, 2015: 49).

En la primera parada, Berkeley Express, hay una metáfora del extravío dentro del viaje, de la pérdida, de la inutilidad del trabajo, puesto que cada día se enfrenta al caos en la casa de unos amigos, Linda y Bob, quienes ahora en su viudez tienen que volver a empezar de cero. Siente que carga la piedra de Sísifo y, además, desde la ventana de esa casa ella puede ver su antigua casa. Había sido su hogar mientras vivía su marido, pero ahora viene a ella la memoria de la caída, ese tema que ha sido una constante en la literatura de la modernidad, pero esta vez planteado bajo la mirada femenina. En la estación 40 Telegraph Avenue, Berlin habla de las ancianas, referentes del tiempo y su finitud, y hace asociaciones al cáncer, la gran enfermedad del siglo XX. Hay una

conciencia del tiempo y su destrucción física, pero también al tiempo perdido e irre recuperable. Se pierde el tiempo para cobrar la Seguridad Social, para ser admitida en un hospital, para que desocupen una lavadora en la lavandería, en las filas de visita en las cárceles. Concluye, no sin un dejo de amargura, que la gente pobre está condenada a esperar y a “perder el tiempo” en vez de hacer de él algo valioso.

Tras la llegada a casa de los Blum, una pareja de psiquiatras para los que trabaja, comienza a regresar el recuerdo de su fallecido esposo, Ter. Hay una referencia a un pacto suicida que hicieron en el pasado: si las cosas no se mejoraban para 1976, ambos se suicidarían juntos. No se sabe si Ter se suicidó o si murió de enfermedad, pero llama la atención que ella, en cada casa que va, sobre todo en la de los psiquiatras, roba somníferos, “por si acaso” los necesitara, y ha venido reuniendo una gran cantidad. La muerte y la búsqueda de ella como fin último para salir del sinsentido de la existencia, va a rondar toda la narración. Ella describe a Ter como un hombre difícil, lleno de heridas y desechos del pasado, un vertedero de basura, “un lugar inhóspito y ventoso, y las gaviotas planean como los chotacabras (aves) del desierto al anochecer” (Berlin, 2015:56).

En otras dos casas donde limpia, ve dos diferentes formas de afrontar la soledad en las mujeres, una con una limpieza casi obsesiva del hogar, otra jugando puzzles durante el día y cambiando sus horarios de sueño y de comidas porque así se siente libre y ligera. Esta mujer, la señora Johansen es una maestra sueca que le inspira a continuar con la vida y hacerlo a su manera, como ella pueda y quiera, sin los condicionamientos de los roles patriarcales.

Con estas ideas llega a la parada 58, Universidad de Berkeley y se da cuenta de que es Navidad. No es un descubrimiento que le haga feliz, al contrario. El autobús se vuelve un caos, alguien vomita, una hippie drogada grita que se quiere bajar, el chofer está de mal humor. Y, además, comienza a nevar en Michigan. La emoción embarga a la protagonista y se echa a llorar.

Ha sido un largo día de trabajo, de pensar en el pasado y ahora las emociones afloran por fin. Sin embargo, los sentimientos se mezclan como la misma nieve al caer: llora por su pérdida, pero reconoce que ha sido capaz de sobrevivir y, en lo más íntimo, sabe que ha faltado a la promesa de amor a Ter de morir juntos. Ella no se suicidará. Y se lo dice al recuerdo de Ter en ese momento: el pacto se ha roto y ella ha descubierto que, a pesar de todo, no tiene ganas de morir.

Acepta su situación de vida y comienza una verdadera libertad interior que la va a conectar con ese fluir natural de la existencia, con sus pros y sus contras, con todos los inconvenientes y con todas las amarguras, pero también con su parte luminosa y

gentil, en donde ella, esa Navidad, al volver a casa, se habrá encontrado finalmente habitando su lugar de pertenencia y su rol, por elección propia.

Esta autora plantea un grito por la libre elección femenina, por salirse de los roles preestablecidos en las sociedades machistas y volver al encuentro consigo misma y con su verdad. Lucia Berlin es una maestra de la escritura y de la vida. Leer y analizar su obra ayuda a desprenderse de condicionamientos, a comprender al otro, a la otra, significativa, y a continuar adelante, siempre atentas a la vida y toda su complejidad.

Referencias bibliográficas

Bauman, Zygmunt (2021) *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. 11 ed. Ciudad de México: Editorial Planeta Mexicana.

Berlin, Lucia (2015) *Manual para mujeres de la limpieza*. Historias selectas, Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino. Editor digital: Pesas5802 ePub base. Disponible en: <https://amsafe.org.ar/wp-content/uploads/Manual-para-mejeres-de-la-limpiez-Lucia Berlin.pdf>

Wilson, Caroline (2014) *Pensar la experiencia*. Doris Lessing, Barcelona: s.n.